

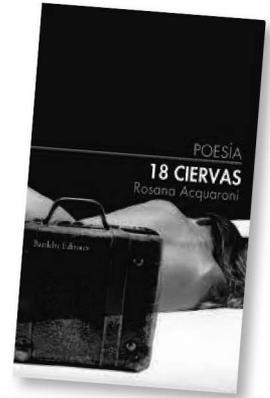
*Hueca y guarecida*

Gema Baños Palacios

*18 ciervas*

Rosana Acquaroni

Madrid, Bartleby, 2023



EL PRIMER GESTO de quien se aproxima al nuevo poemario de Rosana Acquaroni, *18 ciervas*, no es otro que el asombro, pues en este libro se ha sabido articular la palabra poética con una precisión insólita. Tanto es así que existe un equilibrio armónico entre el misterio convocado por el ciervo –animal lleno de simbología en la tradición lírica y que en este caso se presenta encarnado por dieciocho ciervas– y el referente escogido, una serie de pinturas rupestres realizadas con la técnica del tamponado rojo que datan del Paleolítico y se encuentran en la cueva de Covalanas, en Ramales de la Victoria, Cantabria. La poeta se funde con estas ciervas primitivas para articular su propia huida desde el corazón frío y oscuro de la caverna hacia la entrada de la misma, donde alcanza la luz y el sujeto poético es, en gran medida, iluminado.

Esta iluminación camina de la mano de la pulsión amorosa, de manera que el hallazgo de la cierva se traduce en el poema como el primer roce de ese incendio interior. Así, en los versos inaugurales, Acquaroni escribe: «Vi la cierva que el bosque / eligió para mí como encendida / quietud tras el ramaje». El encuentro posee un perfume onírico y apunta hacia un desdoblamiento del sujeto en dos voces poéticas, de forma que la cierva es la poeta, animal huidizo que parece buscarse en el seno del poema: «En mi sueño bebías de un arroyo. / Estábamos las dos. / Yo era la cierva y tú tenías sed». A lo largo del poemario la autora se sirve de una estrategia de distanciamiento que le permite introducir en su discurso una segunda voz, que aparece en cursiva. Se muestra ante todo en poemas donde se reproduce un diálogo, de suerte que además del yo y

el tú poético, los lectores pueden apreciar una tercera intervención que arroja detalles acerca del encuentro amoroso, como en los versos siguientes: «Sentados a la mesa / él y yo / *—una mujer ubicua / anotada en los márgenes—*».

Pese al sustrato de misterio y simbología aportado por la aparición de un animal asociado con la espiritualidad —así lo cantó Juan de la Cruz— no podemos ignorar el protagonismo del cuerpo en este poemario, pues la autora a menudo se refiere a la experiencia amorosa a través de ese golpe silencioso que se imprime sobre la piel de quien ha sido visitado, de forma inesperada, por el zarandeo de la pasión. Se percibe con especial intensidad en este poema: «Y entonces / me preguntas: / a qué lugar exacto del olvido / lo arrojas-te de ti / en qué arista de tu cuerpo / en qué intersticio / tallaste de la nada / un nuevo amor». No solo la presencia, sino la ausencia de la herida luminosa del amor se vertebra a través de versos incisivos, poblados de imágenes que evocan el dolor: «Hoy han vuelto a posarse / los sarmientos encima de mis ojos. / Herrumbre. / Pulcritud del azogue / en los espejos» o en este, que comienza con la cita reveladora de Sylvia Plath «Si ahora estoy viva entonces muerta he estado»: «Comprendes que has vivido / negándote tu cuerpo / de espaldas a tu nombre». El cuerpo femenino de quien vertebra el discurso se muestra desdibujado e impreciso en la vida anterior al encuentro con la cierva; pesa sobre él un nicho de oscuridad que, como veremos más adelante, se encuentra bajo el influjo de una violencia.

*18 ciervas* es un poemario que recorre la espina dorsal de una relación que se deja atrás y cuya superación se entrelaza con la llegada de un nuevo ser amado, pues su presencia arroja un halo de belleza que acompaña a la escritura. Así, encontramos poemas en los que se reflexiona sobre el hallazgo del lenguaje poético de la mano de la elevación propia del estado amoroso: «Hay un verso que prende / cuando ya no lo esperas. / instante mineral de la escritura. / *—como desenterrar una esquirla de hueso—*. / Es la palabra justa / desoída una vez / y otra / y otra / y otra más». También podemos aproximarnos a la figura del lector en este otro poema, en el que el sujeto poético observa al amado mientras se encuentra inmerso en la actividad favorita: «Verte leer me gusta / y aunque me despidiera de tus manos / para siempre, / las seguiría viendo / sostener cada página / como si sujetaras la cabeza / de una recién nacida».

¿Es el amor una forma de exilio? En cierto modo, los versos de Rosana Acquaroni nos hablan de un viaje que no posee retorno, tal es la sacudida que recibe el cuerpo amoroso al verse inundado, tocado por un rasguño íntimo que echa por tierra la vida anterior, donde el dolor latía de manera fulgurante. Así, el poema que hallamos en la página treinta y dos resulta vertebral para la obra, pues vincula la visita real a la cueva de Covalanas y el descubrimiento de la cierva soñada con el naufragio definitivo en brazos

del amor: «A veces el amor entra en una caverna. / El amor es regreso, / roto cuenco de pájaros / que presiente su fin / –*pues se aprende a morir / a medida que amamos*–». La caverna, como el vientre materno, recoge los cuerpos que se habían rendido al abandono y los reúne en su seno, allí donde tuvieron lugar los rituales primitivos: «Hemos entrado aquí, / desmemorados y juntos, / como dos desahuciados / a los que les llegó la hora / de vivir». No olvidemos tampoco que la cueva –que reúne esas tempranas manifestaciones de la escritura humana a través de la representación del conjunto de las ciervas– alberga, como el poema, una pregunta lanzada al aire, un enigma cuyo misterio pende de un hilo invisible que no podemos resolver.

La lectura de *18 ciervas* me ha transportado a otra obra, la novela de Marta Sanz *pequeñas mujeres rojas* (2020). Si bien en este relato ficcional urdido por Sanz bucea en la dos formas de violencia –la que yace en las fosas comunes donde se encuentran los muertos anónimos del franquismo y la violencia ejercida contra los cuerpos de las mujeres–, comparte con Acquaroni la búsqueda sagaz de un lenguaje capaz de poner nombre al cuerpo femenino violentado en manos de un hombre. Al igual que en la novela de Sanz –en la que la protagonista yace como un animal fugitivo en manos de su amante convertido en cazador– la poeta consigue volcar en muchos de sus versos esa amenaza, la sombra de una herida violenta que, bajo el disfraz de un amor de pareja, se ha aferrado a su piel. Así, se nombra al sujeto poético trasmutado en la cierva, que trata de huir de la posición de rehén y, al mismo tiempo, no puede entregarse al salto definitivo: «Soy la cierva que duerme / con los ojos abiertos / sin ver la tempestad. / Supe que estaba hueca / y guarecida al mismo tiempo». Los versos que provocan una sutura definitiva pertenecen a ese territorio de la indeterminación en los que se procura traducir el balbuceo, la tentativa de recuperar el latido vital después de cruzar el umbral de la cueva: «Escarbar la nevisca / pese a encontrar el fruto. / Rozar con el hocico / el fango del arroyo. / Resollar con la cierva cercada / en el incendio».

Dieciocho ciervas de color rojo convocan en este nuevo poemario de Rosana Acquaroni a una voz poética que no teme mancharse las manos: abre la herida y la revela por dentro, sin tapujos, porque esa indagación a través del lenguaje es también síntoma del compromiso ideológico de quien escribe. Concluyo estas líneas con una reflexión de Marta Sanz que es sin duda una compañía idónea para esta obra: «Escribir es ir tatuándose el cuerpo al mismo tiempo que descubrimos todo lo que ya tenemos escrito sobre la piel. [...] Nombrar el cuerpo, conquistar el territorio: en eso consiste escribir».<sup>1</sup>

1 Sanz, Marta, *La lección de anatomía*, Madrid, Anagrama, 2018, p. 71.